



RECORDANDO...

Nacimos en la misma calle, fuimos al mismo colegio. A pesar de la diferencia de edad, yo creo que jamás me atreví a jugar a canicas con él por lo habilidoso que era el muchacho, aunque eso sí, más de una vez me dejó montar su caballo de cartón, a pesar de que me venía muy pequeño.

Pasados muchos años, después de los avatares de una guerra cruenta nos volvimos a encontrar allá arriba en la montaña, donde la luz es más fuerte y la paz tiene otras dimensiones. Le reconocí enseguida. Me llamó la atención su aspecto de montañero algo desaliñado, con su camisa a cuadros, su pantalón mil rayas, sus pequeñas botas, su mochila gris, su perenne cigarro bien prieto en la comisura de los labios, al cuello como eterno escapulario su vieja Leika. Me sorprendieron su paso corto, pero rápido y conciso, sus dotes de gran conocedor de la montaña y su gran sentido de la orientación. Estuvimos caminando casi todo el día y al despedirme me di cuenta que había topado con el amigo de cuerpo enjuto pero alma grande.

Era una noche de octubre en el refugio de Desao, en Aralar, una noche larga, plácida y serena de luna llena. Mientras mis amigos, después de haber cenado jugaban su partidita, salí fuera a oír música, y a hablar con las estrellas. Me acuerdo que era el momento solemne y genial de la Novena Sinfonía y como dirigiéndola y tateando la misma apareció el amigo

Boni en la terraza. Luego, se sentó a mi lado y con gran recogimiento y unción dejamos que la misma acabara.

Y aproveché el momento para presentarle un plan que hacía tiempo me venía preocupando. Primero balbuceante e inseguro le expuse mis ideas acerca de la reedición de la Revista OARSO, ya casi olvidada. Ya digo que con miedo le fui exponiendo mis planes bastante incoherentes y deshilvanados, haciéndole ver que quería compartirlos y dar con la persona que ordenara los mismos, los enmarcara y los hiciese realidad.

Yo sabía ya bastante de su talento organizador, de su gran tesón y tímidamente le ofrecí la dirección de la revista. La aceptó encantado y decidimos volver a sacarla a la luz. Le di carta blanca ya que yo buscaría su financiación y sabía de antemano que en sus manos la cosa iba a tener una feliz gestación.

Aquella noche dormí tranquilo, me había quitado un gran peso de encima.

Tengo ganas de volver en octubre a Aralar y en la noche cálida y larga saldré otra vez a oír música, saldré a ir la Novena Sinfonía y seguro que allí estará el amigo Boni cuando empiece a «hablar con las estrellas».

RAMON MUGICA LECUONA